

y recogiendo ganados y cautivos. El rey y los condes de Cabra y de Tendilla tuvieron que sostener serias refriegas con los feroces montañeses y con la hueste del terrible Zahir Aben Atar que les disputaban aquellos difíciles pasos. Al fin, despues de arruinar poblaciones y de talar sembrados, regresó el ejército devastador, no sin ser molestado por el activo Zahir, á la vega de Granada, donde volvió á sentar sus reales para no levantarlos ya mas. Plantáronse las tiendas de los caudillos y las barracas de los soldados en orden simétrico, formando calles como una poblacion, y cercóse el campamento de fosos y cavas. La animacion y el entusiasmo que se advirtió un dia en los reales era el anuncio de la llegada de la reina Isabel con el príncipe y las infantas y con las doncellas que constituian su cortejo. El marqués de Cádiz destinó á su soberana el rico pabellon de seda y oro que él habia usado en las campañas: las damas se acomodaron en tiendas menos suntuosas, pero de elegante gusto.

Exaltados los moros granadinos con la vista del campamento cristiano, diestros en el combate, buenos y gallardos ginetes, amantes de empresas arriesgadas y dados á hacer alarde de un valor caballeresco, ya que no se atrevian á pelear en general batalla con todo el ejército reunido, salian diariamente ó solos ó en pequeñas bandas y cuadrillas á provocar á los caballeros españoles á singular combate. Los campeones cristianos los aceptaban, siquiera por ostentar su lujo

y su gallardía y por hacer gala de su valor ante las bellas damas de la corte que presenciaban aquellas luchas caballerescas, y premiaban con sus finezas ó sus aplausos el arrojo, el brio ó la destreza de los mejores combatientes. Desde la llegada de Isabel era el campo cristiano un palenque siempre abierto á esta especie de sangriento torneo; teniendo al fin que prohibir el rey, como ya lo habia hecho en alguna otra ocasion, estos costosos desafios, en que se vió no estar las mas veces la ventaja por los cristianos, pues cuéntase que hubo moro tan ágil cabalgador y tan arrojado, que apretando las espuelas á su caballo árabe saltó fosos, brincó empalizadas, atropelló tiendas, clavó su lanza junto al pabellon de la reina, y volvió á su campo sin que hubiese quien le alcanzara en su veloz carrera.

Isabel, á quien los cuidados del gobierno no bastaban á distraer de los de la guerra, inspeccionaba todo lo relativo al campamento, cuidaba de las provisiones y de la administracion militar, y muchas veces pasaba revista á las tropas á caballo y armada de acero alentando á los soldados. Un dia quiso ver desde mas cerca las fortificaciones y baluartes de Granada y el aspecto exterior de la ciudad. Obedientes todos á la mas ligera insinuacion de sus deseos, acompañáronla con las debidas precauciones el rey, el marqués de Cádiz y los principales caballeros, junto con el embajador de Francia que allí estaba,

hasta la Zubia ⁽¹⁾, pequeña población situada en una colina cerca y á la izquierda de la ciudad. Isabel estuvo contemplando desde la ventana de una casa los muros, torres y palacios de la grande y única población que representaba ya el imperio musulmico en España. Ella habia prevenido al marqués de Cádiz que no empeñara aquel dia combate con los moros, pues no queria que se derramara sangre cristiana por la satisfaccion de una simple curiosidad ó antojo suyo. Mas no pudiendo sufrir los de Granada la presencia tan inmediata del enemigo, cuya inasion misma parecia un silencioso reto ó insulto, arrojáronse fuera de la ciudad con algunas piezas de artillería, cuyos certeros disparos hicieron algun daño en las filas cristianas. A tal provocacion no les fué ya posible ni á los capitanes ni á los soldados españoles contener su ardor ni reprimir su enojo, y arremetiendo con impetuosa furia los marqueses de Cádiz y de Villena, los condes de Tendilla y de Cabra, don Alonso de Aguilar y don Alonso Montemayor con sus respectivas huestes, arrollaron de tal modo la infantería sarracena, que envolviendo ella misma y desordenando en su fuga á los ginetes quedaron mas de dos mil moros entre muertos, cautivos y heridos. Los demas entraron atropelladamente en la ciudad por la puerta de Bibataubin (julio). Debe suponerse, y la historia asi lo dice, que

(1) No Zubia, como equivocadamente se lee en algunas historias, inclusa la traduccion española de Prescott.

la reina perdonó fácilmente al marqués de Cádiz y á sus bravos compañeros la trasgresion de su mandato en gracia del triunfo. Los reyes, que habian presenciado la pelea desde la Zubia con no poca zozobra, ordenaron por la tarde la retirada al campamento ⁽¹⁾.

Menos afortunados don Alonso de Aguilar, su hermano Gonzalo de Córdoba, el conde de Ureña y otros caballeros hasta el número de cincuenta, que se quedaron en emboscada para sorprender á los moros que habian de salir aquella noche á recoger los cadáveres, fueron ellos sorprendidos y degollados los mas, y gracias que se salvaron aquellos célebres caudillos; y no fué poca fortuna la de Gonzalo de Córdoba, que habiendo caido en una acequia y pudiendo apenas incorporarse y menos huir á pié con el peso de la armadura, encontró quien le diera un caballo, con el cual se puso en franquía ⁽²⁾. En cambio, en una salida que despues hizo Boabdil al frente de su caballería se vió en tanto apuro y tan acosado por los cristianos, que solo á la velocidad de su caballo tuvo que agradecer no haber caido segunda vez prisionero, y volver á pisar los suntuosos pavimentos de los salones de la Alhambra.

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 104.—Pedro Mártir, Opus. Epistolarum, lib. IV., ep. 90.—Hist. de la casa de Mondejar y de la casa de Córdoba.

(2) Este generoso guerrero, á quien debió la vida Gonzalo, pagó de una manera lastimosa, que no merecia, aquel heroico rasgo de

noble amistad, perdiendo la suya alanceado por los moros. Llamábase Inigo de Mendoza, y era pariente de don Alonso de Aguilar. Gonzalo, ya que no podia restituírle la vida, dotó á sus hijas y señaló una pensión á su viuda: merecido, pero escaso galardón de accion tan sublime.

Una noche (era el 14 de julio), la alarma, el sobresalto, la consternacion cundieron de repente en el real de los españoles. El fuego devoraba el rico pabellon de la reina, y en breve se hizo general comunicándose con espantosa rapidez de unas en otras tiendas. Isabel, que, envuelta entre humo y llamas, habia podido salvar su persona y sus papeles, corrió al pabellon del rey, y le despertó: sobresaltado Fernando con el aviso, empuñó su lanza y su adarga, y á medio vestir montó en su caballo y salió al campo. La alarma era ya general como el fuego: el ruido de las cajas y trompetas se confundia con el de los gritos y voces de la asustada gente: los capitanes y soldados acudian á las armas, y las damas despavoridas y medio desnudas corrian sin saber dónde. Todos creian que el fuego habia sido puesto por el enemigo, mientras los moros, que desde los baluartes de la ciudad veian la Vega iluminada por las llamas, creian á su vez que era un ardid de los cristianos. Cuando el incendio se fué apagando, y vieron estos que no aparecian enemigos por ninguna parte, se pudo ya averiguar con calma la causa de aquel contra-tiempo y alboroto, que era en verdad bien pequeña y sencilla. Al acostarse la reina Isabel mandó á una de sus dueñas que retirára una lujia cuya luz la molestaba: la doncella tuvo la imprecaucion de dejar la vela cerca de una colgadura, que ondulando sin duda con alguna ráfaga de viento que se levantó á media

noche, se prendió y comunicó instantáneamente el fuego á toda la tienda, y de allí á las demás. Por fortuna el incendio no causó desgracias personales, y sólo la destruccion de algunos efectos de valor, telas, brocados, joyas y alhajas en las tiendas de algunos nobles⁽¹⁾.

Pasado el susto y calmados los ánimos, vino á convertirse en un bien áquel desastre; pues para precaver otro de la misma especie en lo sucesivo, y por si el sitio se prolongaba hasta el invierno, determinaron los reyes reemplazar las tiendas con casas, al modo de algunas que se habian ya construido. Inmediatamente se puso en ejecucion este plan. Capitanes y soldados, caballeros de las órdenes, grandes señores y concejos de las ciudades, todos se convirtieron instantáneamente en fabricantes, artesanos y albañiles. Cesó el choque y estruendo de las armas de guerra, y solo se oia el ruido de la pica, del martillo y de los instrumentos de las artes de paz. Merced á esta maravillosa conversion y á la actividad de todos los trabajadores, en el breve tiempo de ochenta dias apareció como por encanto construida una ciudad cuadrangular de 400 pasos de larga por 312 de ancha, atravesada por dos espaciosas calles, que cortadas por el centro formaban una cruz, con cuatro puertas á los extremos. En cada cuartel se puso una inscripcion que espresaba

(1) Pedro Mártir, Opus, l. IV. gar, c. 103. cap. 91.—Bernaldez, c. 104.—Pul-

la parte que cada ciudad habia tenido en la obra. Luego que estuvo concluida, todo el ejército deseaba que la nueva ciudad se denominara *Isabela*, por honra á su ilustre fundadora, pero Isabel lo rehusó modestamente, y quiso que llevara el título de *Santa Fé*, en testimonio de la sagrada causa que todos defendian. Idea grande y sublime, la de fundar una ciudad, única de España en que no habia podido penetrar la falsa doctrina de Mahoma, frente á otra ciudad, la única en que tremolaba todavía el estandarte mahometano.

La fundacion de Santa Fé produjo mas abatimiento en los moros que si hubieran perdido muchas batallas. La presencia de un enemigo que tan á sus ojos y tan confiadamente se asentaba en su suelo, exaltaba á la plebe granadina que empezaba á insubordinarse otra vez contra Boabdil y sus consejeros, y aunque en la ciudad se habian acopiado víveres en abundancia, la aglomeracion de gentes era tal que todo se consumia, y ya iba amagando el hambre. En tal situacion reunió y consultó el rey Chico su gran consejo ó me-xuar; el wazir Abul Cacim Abdelmelik hizo una pintura desconsoladora del estado de la ciudad y de sus recursos, y todos convinieron en que era imposible sostener la plaza por mucho tiempo. En su virtud y muy secretamente para no irritar al pueblo, el mismo Abul Cacim fué nombrado para que pasase con poderes del emir á hacer proposiciones de avenencia á los

reyes cristianos. Recibieron estos al wazir muy benévola-mente, y oida su embajada, otorgaron una tregua de setenta dias (desde el 5 de octubre) para arreglar las condiciones de la capitulacion, y autorizaron al secretario Hernando de Zafra y al capitan Gonzalo de Córdoba para que sobre ello conferenciáran con los caballeros de Boabdil, el cual nombró por su parte al mismo Abul Cacim, al cadí de los cadíes y al alcaide Aben Comixa. Las conferencias se celebraban de noche y con mucho sigilo y cautela, unas veces dentro de la ciudad, otras en la aldea de Churriana. Al cabo de muchos debates y discusiones, quedaron al fin acordados los capítulos de la entrega bajo las bases siguientes:

En el término de sesenta y cinco dias, á contar desde el 25 de noviembre, el rey Abdallah (Boabdil el Chico), sus alcaldes, cadíes, alfaquíes, etc., harian entrega á los reyes de Castilla y Aragon de todas las puertas, fortalezas y torres de la ciudad:—los reyes cristianos asegurarian á los moros de Granada sus vi-das y haciendas, respetarian y conservarian sus mez-quitias, y les dejarian el libre uso de su religion y de sus ritos y ceremonias; los moros continuarian siendo juzgados por sus propias leyes y jueces ó cadíes, aunque con sujecion al gobernador general cristiano; no se alterarian sus usos y costumbres, hablarian su len-gua y seguirian vistiendo su traje;—no se les impon-drian tributos por tres años, y despues no excederian

de los establecidos por la ley musulmana;—las escuelas públicas de los musulmanes, su instrucción y sus rentas proseguirían encomendadas á los doctores y alfaquíes, con independencia de las autoridades cristianas:—habría entrega ó cange recíproco de cautivos moros y cristianos:—ningun caballero, amigo, deudo, ni criado de el Zagal obtendría cargo de gobierno:—los judíos de Granada y de la Alpujarra gozarían de los beneficios de la capitulación:—para seguridad de la entrega se darían en rehenes quinientas personas de familias nobles:—ocupada la fortaleza de la Alhambra por las tropas castellanas serían devueltos los rehenes. Añadíanse otras condiciones sobre litigios, sobre abastos, sobre el surtido y uso de aguas limpias de las azequias y otros puntos semejantes.

Además de las estipulaciones públicas se ajustaron hasta diez y seis capítulos secretos, por los cuales se aseguraba á Boabdil, á su esposa, madre, hermanos é inmediatos deudos la posesión de todos los heredamientos, tierras, huertas y molinos que constituían el patrimonio de la real familia, con facultad de enagenarlo por sí ó por procurador; se le cedía en señoría y por juro de heredad cierto territorio en la Alpujarra, con todos los derechos de una docena de pueblos que se señalaron, excepto la fortaleza de Adra que se reservaron los reyes; y se pactó además darle el día de la entrega treinta mil castellanos de oro ⁽¹⁾.

(1) El señor William Prescott, que es el último historiador que

Aprobaron y ratificaron las capitulaciones los reyes cristianos y Boabdil; mas no habían podido hacerse con tanto sigilo que no trasluciera el pueblo el espíritu de las negociaciones, y hasta los artículos secretos. Subió de punto la fermentación y el disgusto popular cuando aquellas acabaron de hacerse patentes; y como ya Boabdil era mirado ó con aborrecimiento ó con desconfianza por la plebe granadina á causa de sus relaciones con los cristianos, la agitación de las turbas estalló en abierto tumulto, escitadas también y fogueadas por un fanático ermitaño ó santón, que corría como un frenético las calles llamando á voz en grito á Boabdil y á sus consejeros «cobardes y traidores ⁽¹⁾.» Hasta veinte mil hombres armados se

sepamos del reinado de los Reyes Católicos, parece que no conoció la letra de estas capitulaciones, las cuales por otra parte ningún otro historiador antes que él nos ha dado á conocer íntegras. Esto nos ha movido á dar por apéndice el texto de este importante documento, copiado del original que existe en el archivo de Simancas.

(1) Conde, en el cap. 43 y último de su Historia de la dominación de los árabes en España, trae además un vigoroso y vehemente discurso que dice pronunció en el consejo ó mexuar un intrépido moro llamado Muza, que al ver á los demás consejeros enternecidos con la lectura de las capitulaciones, les dijo: «dejad, señores, ese inútil llanto á los niños y á las mugeres: seamos hombres, y tengamos todavía corazón, no para

»derramar tiernas lágrimas, sino para verter hasta la última gota de nuestra sangre: hagamos un esfuerzo de desesperación... yo estoy pronto á acaudillaros para arrostrar con denuedo y corazón valiente una muerte honrosa en el campo de batalla.... No sino oigamos con paciencia y serenidad estas mezquinas condiciones y doblemos el cuello al duro y perpetuo yugo de una vil esclavitud... Si pensais que los cristianos serán fieles á lo que os prometen, y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como venturoso enemigo, os engañais; tienen sed de nuestra sangre y se hartarán de ella; la muerte es lo menos que nos amenaza. Tormentos y afrentas mas graves nos prepara nuestra enemiga fortuna, el robo y el saqueo de nuestras casas, la pro-

reunieron en torno al fogoso predicador, que nuestros cronistas representan como un demente; pero es lo cierto que la imponente actitud de la furiosa plebe obligó al rey Chico á encerrarse y parapetarse en la Alhambra hasta el día siguiente, en que se atrevió ya á arengar á la amotinada muchedumbre; y por lo menos en la apariencia se apaciguó el tumulto y se restableció el orden. El hambre sin embargo contribuía á mantener viva la irritación, y Boabdil temía que de un momento á otro reventara de nuevo el furor popular, y de una manera que peligraran su persona, su familia, sus amigos y los ciudadanos mas nobles y honrados, sin que bastara á contener los ánimos acalorados una proclama que Fernando é Isabel

»fanación de nuestras mezquitas,
 »los ultrajes y violencias de nuestras hijas y de nuestras mugeres,
 »opresión, mandamientos injustos,
 »intolerancia cruel y ardientes hostigueras en que abrasarán nuestros misereros cuerpos: todo esto veremos por nuestros ojos, lo verán á lo menos los miserables que ahora temen la honrada muerte, que yo por Alá que no lo veré.
 »La muerte es cierta y de todos muy cercana: ¿pues por qué no empleamos el breve plazo que nos resta para morir defendiendo nuestra libertad? La madre tierra recibirá lo que produjo, y al que faltare sepultura que le esconda, no le faltará cielo que le cubra.
 »No quiera Dios que se diga que los nobles granadinos no osaron morir por su patria.»
 Y como viese que todos calla-

ban, se salió de la sala muy airado, se dirigió á su casa, tomó armas y caballo y partió de la ciudad por puerta Elvira, y nunca mas paració ni se supo mas de él. A este discurso, que no parece inverosímil, ha añadido Washingtong Irving varios sucesos novelescos. Sin embargo, no deja de ser extraño que un jeque de autoridad y de tanta energía se marchara de aquel modo sin intentar ese esfuerzo desesperado que proclamaba, contando con el buen espíritu de un pueblo que tan dispuesto estaba á armarse y defenderse á la voz de un simple ermitaño. Tal vez haya sido un episodio inventado por el escritor arábigo, (puesto que los nuestros nada dicen de el tal Muza) para mostrar que aun habia fé y patriotismo en aquel crítico trance.

habian dirigido á los granadinos exhortándolos á la paz so pena de hacer con ellos un escarmiento como el de Málaga. Por lo mismo despachó á Aben Comixa con un presente de dos magníficos caballos y una preciosa cimitarra, haciéndole portador de una carta para los reyes, en que les exponia la conveniencia y el deseo de acelerar la entrega de la ciudad antes que se cumpliese el plazo convenido. Fernando é Isabel aceptaron la proposición, y previas algunas conferencias y contestaciones sobre el ceremonial que habia de observarse en la entrega, para no mortificar en cuanto fuese posible al rey vencido ni herir el orgullo de la sultana madre, que no habia perdido su natural altivez, quedó aquella concertada para el 2 de enero, en vez del 6, en que cumplia el plazo antes convenido.

Al dorar los rayos del sol del 2 de enero de 1492 las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la Vega, veíase á los capitanes, caballeros, escuderos, pages y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, con arreglo á una orden la noche anterior recibida, agruparse á las banderas para formar las batallas. A pena de muerte estaba condenado el que aquel día faltara á las filas. Los mismos reyes y personas reales vistieron de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por la inesperada muerte del príncipe don Alfonso de Portugal, malogrado esposo de la infanta de Castilla doña

Isabel ⁽¹⁾. Todo era movimiento y animación en el campamento de los españoles, y una alegría inefable se veía pintada en el rostro de todos los combatientes. En esto retumbaron por el ámbito de la Vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra. Era la señal convenida para que el ejército vencedor partiera de los reales de Santa Fé para tomar posesión de la insigne ciudad musulímica. Diéronse al aire las banderas, y comenzó la marcha. Iba delante el gran cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon don Gutierrez de Cárdenas, y de otros prelados, caballeros é hidalgos, con tres mil infantes y alguna caballería. Atravesó la hueste el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado subió la Cuesta de los Molinos á la esplanada de Abahul, al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó á pie al gran sacerdote cristiano: apeóse al verle el cardenal y le salió al encuentro; saludáronse muy respetuosamente, apartáronse un corto trecho, y después de conversar un breve espacio, «Id, señor, le dijo el príncipe musulmán en alta voz y con triste acento, id en buen hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes, á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes

(1) Murió de una caída de caballo á los pocos meses de su matrimonio con la hija mayor de nuestros reyes.

»merecimientos y por los pecados de los musulmanes.» Y se despidió del prelado con ademán melancólico.

Mientras el cardenal con su hueste proseguía su camino y hacia su entrada en la Alhambra, el rey moro cabalgaba seguido de su comitiva y bajaba por el mismo carril al encuentro de Fernando, que esperaba á la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita, consagrada después bajo la advocación de San Sebastian. Al llegar á la presencia del monarca vencedor, el príncipe moro hizo demostración de querer apearse y besarle la mano en señal de homenaje ⁽¹⁾, pero Fernando se apresuró á impedirlo y contenerle. Entonces Boabdil se acercó y le presentó las llaves de la ciudad diciéndole: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y con clemencia.» El monarca cristiano le abrazó, y le consoló diciendo que en su amistad ganaría lo que la adversa suerte de las armas le había quitado ⁽²⁾. Seguidamente sacó el rey Chico de su dedo un anillo, y ofreciéndoselo al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, le dijo: «Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la governeis, y Dios os dé mas ventura que

(1) Todo esto estaba ya acordado y convenido en el ceremonial de que hemos hecho mérito.

(2) Conde, Domin., c. último.

»á mí.» Despidióse el infortunado príncipe con su familia, dejando á todos enternecidos y profundamente afectados con esta escena. En las inmediaciones de Armilla se presentó la triste comitiva á la reina Isabel, que además de recibirla benigna y afable, restituyó á Boabdil su hijo que formaba parte de los jóvenes nobles que se habían dado en rehenes en octubre. La desgraciada familia prosiguió escoltada hasta los reales de Santa Fé, donde ocupó Boabdil la tienda del gran cardenal, á cuyo hermano, adelantado que era de Córdoba, había encomendado el rey el servicio y esmerada asistencia del príncipe moro.

Reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel, que colocada en una pequeña eminencia no apartaba sus ojos de las torres de la Alhambra, sentía latir su corazón de impaciencia al ver lo que tardaba en ondear en el palacio árabe la enseña del cristianismo. En esto hirió su vista un resplandor que bañó su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela. A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el pendon de Santiago. *Granada, Granada por los reyes don Fernando y doña Isabel* gritaron en alta voz los reyes de armas. El júbilo se difundió por todo el ejército. Salvas y vivas resonaron por toda la Vega. Isabel se postró de rodillas mirando á la cruz; el ejército hizo lo mismo; los prelados, sacerdotes y cantores de la real capilla entona-

ron el *Te Deum laudamos*, nunca cantado con mas devoción y fervor ni en ocasión mas grande y solemne. Incorporáronse la reina y el rey, y dando á besar sus reales manos á los nobles y capitanes que les habían ayudado á terminar tan grande empresa, procedieron á posesionarse de la Alhambra, á cuyas puertas los aguardaban ya el cardenal Mendoza, el comendador Cárdenas y el alcaide Aben Comixa. El rey entregó las llaves de Granada á la reina, la cual las hizo pasar sucesivamente á las manos del príncipe don Juan, del cardenal y del conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad y del alcázar (4). «Las damas

(4) Conde, Domin., c. 43.— El ilustrado traductor de Prespulgar, Cron., p. III., c. 433.— Lucio Marineo, Cosas Memorables, lib. XX.—Marmol., Rebel. de los Mor., l. I., c. 20.—Pedraza, Antig. de Granada, f. 76.—Carvajal, Anál. El ilustrado traductor de Prescott inserta aquí un trozo de un romance antiguo, copiado de un código de mediados del siglo XVI., en que se pinta con colores poéticos esta entrada de los reyes.

En la ciudad de Granada
Grandes alaridos dan:
Unos llaman á Mahoma,
Otros á la Trinidad.
Por un cabo entran las cruces,
De otro sale el Alcoran;
Donde antes oían cuernos,
Campanas oyen sonar.
El *Te Deum Laudamus* se oye
En lugar de Alá, Alá, Alá,
No se ven por altas torres
Ya las lunas levantar,
Mas las armas de Castilla
Y Aragón ven campear:
Entra un rey ledo en Granada
El otro llorando va;
Mesando su barba blanca,
Grandes alaridos da.
¡Oh mi ciudad de Granada
Sola en el mundo sin par! etc.